

La Academia al fin hace historia

JOSÉ LUIS GÓMEZ URDÁÑEZ
CATEDRÁTICO DE HISTORIA. UNIVERSIDAD DE LA RIOJA

«El Diccionario también es historia y, de una manera brutal, retrata a la España de hoy, que todavía no ha sabido quitarse de encima al Caudillo»

Es una pena que una obra que contiene las biografías de 43.000 españoles, la casi totalidad escritas por excelentes historiadores, caiga en el descrédito por unos cuantos disparates, pero también hay que reconocer que esto es un síntoma de nuestra sociedad, contagiada de la obscenidad de unos cuantos imprementables más visibles que el común, honrado, discreto y trabajador. A diferencia de lo que algunos quisiéramos, lo peor –lo que nos da más asco– es más conocido, en todas las esferas de la sociedad española.

El Diccionario Biográfico de la Real Academia es fiel reflejo de la situación. Por una parte, es consecuencia –cuarenta años después de los cuarenta años– de las resistencias a aceptar el pasado, en el caso de la dictadura y la represión fascista, por parte de una minoría activa que parece contar con la comprensión de amplios sectores; pero por otra, demuestra que en el proceso intelectual de legitimación de la democracia no se le dio importancia –por dejadez de Felipe González (lo admitió ante Cebrían)– a la Historia de España. Los socialistas de los ochenta se negaron a establecer cualquier nexo de continuidad con los escasos periodos de democracia y libertades habidos en España.

Mientras, la derecha española huyó del pasado (por eso no condenar el franquismo le ha salido gratis). Y así hemos llegado a la situación actual. Todo suena a falso, incluso la historia.

El Diccionario también es historia y, de una manera brutal, retrata a la España de hoy, que todavía no ha sabido quitarse de encima al Caudillo (veremos cosas peores en otros personajes) y, a la vez, demuestra que la Real Academia es un organismo de honores y encumbramientos antes que un lugar de trabajo (a pesar de las buenas intenciones de algunos colegas). En la Academia hay de todo, viejos franquistas y hasta un purpurado, como el cardenal Cañizares, arzobispo de Toledo; pero también, historiadores profesionales en activo –que me consta que han hecho todo lo posible por evitar este «golpe de estado historiográfico»–, entre ellos, «las tres mujeres de la RAH», Josefina Gómez Mendoza, Carmen Iglesias y Carmen Sanz, así como nuestros maestros, Carlos Martínez Shaw, Miguel Artola y Luis Ribot.

Pero los cargos no son sólo vitalicios, sino «perpetuos», como era normal en tiempo de Felipe V, y esta vez han cumplido con su alta misión. Ahí está el coordinador del Diccionario, Quintín Aldea Vaqueiro (bibliotecario perpetuo), exprofesor de universidades católicas, que tiene 91 años. O el propio director de la Academia –que lo es también del Diccionario–, Gonzalo Anes, un buen ejemplo de ese *totum revolutum*: catedrático en la UCM, buen historiador, hombre muy conservador y altivo, que ahora es... marqués de Castrillón. Junto a él forman Carmen Iglesias, preceptora del príncipe, mujer re-

finada de gestos aristocráticos, excelente historiadora; Carmen Sanz Ayán, joven catedrática de Historia Moderna de la UCM, etc. Para la mayoría de los historiadores, la Real Academia sigue teniendo telarañas del tiempo de su fundación, allá por 1738, y un tufllo a franquismo y catolicismo rancio que el actual equipo de gobierno no ha logrado disipar (aunque haya nombrado miembros de izquierdas). Pero hay que decir –la mano en el corazón– que la inquina de un catedrático de historia (sea de la ideología que sea) contra la Academia cesa en el mismo momento en que es nombrado; en caso de no serlo, dura toda la vida.

Puestos en el debate actual –¡otra vez Franco!–, lo malo de la biografía del generalísimo no es que lo que dice el octogenario Suárez no sea verdad –el propio Franco le desmiente–, que sea ridículo ensalzar a Franco como estrategia militar (cuando sus contemporáneos le juzgaron inútil), o recordar de él su «capacidad para indultar» –cuando su firma está en miles de expedientes de penas de muerte–, o meterle en el debate sobre la guerra del Vietnam (esto es humor inintencionado); lo malo de lo que ha hecho este medievalista nostálgico y mentiroso es que refuerza la ignorancia de los que creen que cada historiador dice lo que le parece, que todo es cuestión de opinión, o sea, que los historiadores somos periodistas de cotilleo. Eso es lo malo. Pues la historia no es eso, sino justamente lo contrario.

Pero así estamos, de nuevo ante el ridículo y la humillación. La historia dirá de este momento que tenemos unos jóvenes airados acampados en las plazas de España, un gobierno contra las cuerdas incapaz de orientarse entre cinco millones de parados, al jefe de la oposición –que todavía no ha condenado el franquismo,

ni piensa que haya que hacerlo– esperando en la antesala del poder (¿a qué llamará poder?) y ...un magnífico diccionario que –¡Dios mío!– ensalza al Caudillo y miente rotundamente sobre él. Esto es lo que hay. Quizás convenga desempolvar ahora ideas que los historiadores de hace treinta años –jóvenes entonces, «ilusos de filantropía»– solíamos airear, por ejemplo: sin una base histórica como fundamento, todo proyecto social y político acaba siendo un simple slogan publicitario. Ahora dicen los indignados que la política es puro marketing...

En suma, la historia también es historia. Una institución tan arcaica y fosilizada como la Real Academia de la Historia, reformada hasta donde se ha podido, al fin... ha hecho historia (casi 300 años después). Parece que le ha fallado uno de sus cargos –el censor perpetuo–, no por antiguo menos necesario a la luz de los resultados; pero quizás, por este despiste, el Diccionario puede convertirse en una invitación, o en un reto: la historia han de hacerla los españoles a través de sus representantes y sus instituciones democráticas. ¿Lo harán esta vez? La historia juzga a la historia.... ¡Y a la Real Academia! ¡Y a los historiadores!

